

PANEGÍRICO

DE SAN FORTUNATO, OBISPO DE POITIERS,

CON MOTIVO DE LA TRASLACIÓN

DE SÚS RELIQUIAS Á LA CAPILLA DEL PALACIO DE VILLEBÓN (1).

Queridos hermanos míos: llamado á mezclar mi débil voz á las manifestaciones de gozosa piedad con que acabáis de celebrar la traslación de los restos preciosos de San Fortunato, vuestro glorioso patrono, no puedo menos de exclamar con Tertuliano: «¡Oh testimonios nada equívocos de almas naturalmente cristianas!» (2).

Sí, amados hermanos míos; el culto de veneración y de amor á las reliquias de los Santos, está basado en los sentimientos de la naturaleza y en los sentimientos de la Religión,

El Profeta-Rey decía: «Mi corazón y todos mis miembros se han estremecido de gozo con el pensamiento de todo lo que me atrae hácia el Dios vivo» (3). Es decir, que criado por Dios y para Dios, el hombre tiende naturalmente hácia Dios por todo su sér, y que no le basta el

(1) Este discurso se titula en el manuscrito: *Algunas palabras sobre San Fortunato*. Respetando la modestia del autor, y no obstante la brevedad de este discurso, creemos poder aplicarle convenientemente el título de Panegírico.

(2) Testimonium animæ naturalitèr christianæ. (*Tertuliano.*)

(3) Caro mea et cor meum exultaverunt in Deum vivum. (*Salmo LXXXIII, 2.*)

poseer á Dios en su espíritu por la fe y en su corazón por la gracia, sino que quiere poseerle por algo sensible, aun en su cuerpo. Quiere verle, tocarle y abrazarle: quiere, según la hermosa expresión de San Pablo, glorificarle llevándole en su propio cuerpo (1).

Y así como el Dios Criador, según el mismo Apóstol, no se hace sensible para nosotros sino en las obras de la creación (2), del mismo modo el Dios Redentor no se manifiesta ni hace accesible á nuestros sentidos más que por las obras de la redención. En esas obras maravillosas de su poder y de su amor, como lo había prometido, está siempre con nosotros, está siempre entre nosotros, no sólo por las operaciones interiores de su espíritu y por su presencia invisible, sino también bajo formas sensibles; y de esa manera estará en nuestra compañía hasta el fin de los siglos (3).

Las obras de la redención son los sacramentos, y particularmente el sacramento de los sacramentos, el sacramento por excelencia, la divina Eucaristía; lo son también los Santos, los mártires de todo sexo, de toda edad, de toda condición. Porque ellos también son una especie de sacramentos vivos, en los que la gracia se anuncia por las personas, del mismo modo que en los verdaderos sacramentos la gracia se comunica por las cosas.

De ahí, amados hermanos míos, esos trasportes de amor, esas muestras de interés, de devoción, de respeto, por parte de todos los verdaderos cristianos, al Santísimo Sacramento, á las sagradas imágenes, á las medallas, escapularios y reliquias de los Santos. La herejía, y su hija la incredulidad, se muestran escandalizadas de esos sen-

(1) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I. Cor., vi, 10.)

(2) Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur. (Rom., I, 20.)

(3) Ecce ego vobiscum sum, omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. (San Mateo, xxviii, 20.)

timientos tan constantes y tan universales entre los pueblos católicos, y claman que la superstición, la idolatría y el paganismo se han renovado entre nosotros.

Esas acusaciones son evidentemente calumnias tan atroces como absurdas. ¿Por qué, por ejemplo, no se acusa también de superstición á los pueblos que honran y rodean de antorchas los retratos de sus soberanos, sino porque esos honores no se dirigen á un lienzo, á un mármol, sino á la persona del jefe del Estado, representada por aquel retrato? ¿Por qué no se clama, y por qué nadie se escandaliza á la vista de ese navío que saluda con muchos cañonazos el pabellón de una nación extranjera, sino porque ese saludo no se hace á un pedazo de tela fijado en la punta de un mástil, sino á la nación, al pueblo, á la ciudad simbolizada en cierto modo en aquella bandera? De la misma manera en la Eucaristía nuestras adoraciones no se dirigen á un pedazo de pan, sino á Jesucristo real y corporalmente presente bajo los accidentes del pan. En fin, en el culto tributado á las imágenes sagradas de nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, no es al lienzo, al mármol, al bronce, sino á los personajes augustos cuyas imágenes reproducen aquellas cosas materiales, á los que se refieren ó dirigen nuestras oraciones y los testimonios de nuestra confianza y de nuestra veneración. ¿Qué sombra de superstición y de idolatría puede haber en semejante culto?

Con no menos fundamento podemos poner de relieve una contradicción formal que se observa entre los actos y las teorías de nuestros detractores, ya sean herejes, ya sean incrédulos. Que nos digan cómo, sin contradecirse, los protestantes de diversas nacionalidades han podido recientemente erigir una estatua á su patriarca Lutero. Esa estatua, ¿no será para ellos objeto de respeto? ¿Consentirían que fuese insultada? ¿Muchos protestantes no tributan una especie de culto á la capucha de ese mismo

Lutero deshonrado por la apostasía, á la capa de coró ó pluvial de Calvino manchada por la herejía, y á las ropas y el manto de la Reina Isabel salpicado con la sangre de millares de mártires? Pues qué, ¿los hombres de 93 habrán podido dedicar un templo y decretar honores divinos á las cenizas impuras de malvados insignes, á cuerpos que no fueron más que el receptáculo de almas degradadas? ¿Y no nos había de ser permitido, á nosotros los católicos, tributar un culto á las reliquias de los Santos, á los restos de esos cuerpos santificados por la gracia divina, espiritualizados por la penitencia, embellecidos por el pudor, verdaderos vasos de honor de todas las virtudes, nobles instrumentos, servidores ó posesores de almas las más sublimes y más heroicas? ¿No?

Filósofos pigmeos, incrédulos de baja esfera, que se precian de emplear las armas del ridículo con preferencia á las de la razón, se burlan de nosotros cuando nos ven llevar las imágenes ó reliquias de los Santos. ¿No podríamos preguntarles si no hacen como nosotros cuando llevan sobre sí ciertos recuerdos de personas que les son queridas, aunque no sea más que una trenza de cabello? Con la diferencia de que para ellos no sería quizá honroso confesar el motivo de esos recuerdos y los títulos que esas personas pueden tener á su tierno interés. Mas dejando á un lado toda pesquisa importuna, ¿no es evidente que es un instinto natural, una necesidad imperiosa del corazón humano el representarse por signos visibles los objetos invisibles y distantes, y el llevar sobre sí los recuerdos de lo que se ama? Y siendo así, ¿qué cosa más sencilla, más justa ni más laudable en el cristiano que ama á Dios, á la Madre de Dios y á los siervos de Dios, que el llevar sobre sí todo lo que puede recordar á nuestra memoria esos augustos personajes y asegurarnos su protección? ¿No hay en todo eso el testimonio de un alma naturalmente cristiana?

Pero es preciso pasar más adelante y penetrar hasta en el fondo de las cosas. No debe creerse que entre los católicos y los iconoclastas, tanto antiguos como modernos, no existe más que una disidencia en cuanto á los objetos exteriores del culto. La disidencia es otra: se halla en los dos espíritus opuestos que animan á la Iglesia de Dios y el campo de sus adversarios. Sabiéndolo, ó sin saberlo, los destructores de imágenes, los enemigos de todo símbolo exterior del culto, no hacen más que servir á la rabia del que será eternamente el enemigo de Dios, el enemigo de todo lo que es virtud y santidad.

¿Qué son, en efecto, esos Santos cuya memoria honra el católico y cuyos recuerdos conserva con esmero? Son hombres que sólo hablaron bajo la inspiración del Espíritu Santo, que escribieron bajo su dictado, y que obraron por su celeste impulso. Eran, pues, los ecos y la voz del Espíritu Santo, los Apóstoles del Espíritu Santo, la milicia encargada de propagar por todas partes el reinado del Cristo con las armas espirituales, es decir, por la operación de los dones del Espíritu Santo. Todos, en diversos grados, aun sin hallarse revestidos del sacerdocio, pudieron ser llamados ministros de Dios y dispensadores de sus misterios.

Por otra parte, los adversarios de la Iglesia, cualquiera que haya sido su título, cuando han atacado sus doctrinas, sus sacramentos, sus ritos, no han hecho otra cosa que favorecer las miras y los intereses del que es y será el eterno calumniador de la verdad y de la virtud. Hay aún más: han hablado, escrito y obrado bajo la inspiración, el dictado, el impulso de ese espíritu malo. ¿Cómo hemos de dudarle, cuando con respecto á ese particular tenemos las declaraciones formales de los más famosos heresiarcas? Por su confesión propia, no fueron más que los ecos, los apóstoles, los ministros de

Satanás, encargados de restablecer el reinado del pecado, de dispensar y administrar los misterios del infierno. ¿Cómo sin eso pudiera explicarse la rabia y el furor con que los herejes se han precipitado sobre los santuarios, y han destrozado, pisoteado y profanado reliquias y relicarios, cruces y vasos sagrados, y hasta la misma sagrada Eucaristía? ¿Cómo no se ha de ver constantemente á los herederos de un mismo espíritu, los herederos de Satanás, en los donatistas, los albigenses, los luteranos, los calvinistas, y en épocas más recientes, en los hombres del 93, en Francia, y últimamente también, en 1847, en los radicales de Suiza? Así la ciudad de Dios y la sinagoga de Satanás se hallan perfectamente caracterizadas: uno de los signos distintivos de la herejía, es el desprecio y el odio á las santas reliquias y á todo monumento dedicado á honrar la memoria de los Santos: por el contrario, la veneración y el culto afectuoso de las santas reliquias, es uno de los signos distintivos de la verdadera fe.

El demonio sabe muy bien lo que se hace; le fué dado el desencadenarse contra la persona de Jesucristo, mientras el Salvador permaneció sobre la tierra, á la que no había venido más que para padecer. Mas por la resurrección y la ascensión, Jesucristo se sustrajo para siempre á sus furores. ¿Qué hará, pues, ese espíritu maléfico? Sabe que Jesucristo vive todavía en sus Santos, que está con ellos todos los días (1) para combatir y vencer, es cierto, mas también para sufrir. Sabe que los Santos, como San Pablo, llevan siempre sobre sí las cicatrices ó señales de la pasión (2) y de la mortificación (3) de Je-

(1) Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi. (*San Mateo* xxviii, 20.)

(2) Ego stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. (*Galat.*, vi, 17.)

(3) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. (*II. Cor.*, iv, 10.)

sucristo. Sabe muy bien que el Santo es el hombre que no vive ya en sí mismo, sino en Jesucristo, y que en el cuerpo mismo de los Santos se manifiesta la vida de Jesucristo triunfante en los cielos. Pues bien; procurará tener una satisfacción que no pudo lograr cuando la pasión de Jesucristo. Hubo de respetar el cuerpo del Ungido del Señor, que Dios quería sacar intacto del sepulcro; no le fué dado romper ni uno solo de sus huesos. Pero al menos se desquitará algunas veces en los cuerpos de los Santos. Los profanará, los dispersará, quisiera reducirlos á la nada, si pudiese. Hé ahí el secreto de tantos furores sacrílegos, de otro modo inexplicables.

Por su parte, Dios, aunque algunas veces parezca á los espíritus irreflexivos y superficiales que deja el campo demasiado libre á sus adversarios, sabrá glorificar lo bastante á sus Santos para imponer silencio á los enemigos de la santidad. En toda la sucesión de los siglos, la Iglesia católica ejercerá un poder con el que ninguna secta se atreverá á realizar, el de canonizar á los Santos; y en el ejercicio de ese poder hará constar cuán preciosa es la muerte de los Santos ante Dios, con qué solicitud vela sobre sus despojos mortales, y toma bajo su custodia cada uno de sus huesos (1); de qué modo los honra con toda clase de prodigios, y hace prevalecer su poder sobre todos los prestigios del demonio, haciendo callar ante sus reliquias á los falsos oráculos, librando á los poseídos con sólo tocar sus cenizas: por manera que puede decirse con verdad que Dios hace reinar á sus elegidos hasta sobre la tierra, y les da, desde aquí abajo, la victoria sobre sus enemigos. El Salmista lo ha dicho: «Su principado será fuerte, y prevalecerá contra todos» (2).

(1) Custodit Dominus omnia ossa eorum. (*Salmo* xxxiii, 21.)

(2) Nimis confortatus est principatus eorum. (*Ibid.* cxxxviii, 17.)